



ALONSO, José Luis y PEÑA, Juan Manuel. *“El año de la sangre. La guerra contra el Paraguay (1865-1866)”*. © Editorial Abrazos. Córdoba, Argentina, 2017. pp. 488.

Para escribir esta obra los autores han hecho profundas pesquisas, que se traducen en muchísimos detalles y contribuyen de modo verdaderamente sinfónico a recrear la terrible realidad del primer año de la Guerra de la Triple Alianza. Han contrastado entre sí relatos, documentos oficiales, memorias de los protagonistas y opiniones periodísticas, para brindar un cuadro muy exacto, que transmite con objetividad los alcances de lo que fue una inmensa tragedia.

A lo largo de 27 capítulos, los autores abordan diferentes tópicos claves para comprender la terrible realidad de la guerra del Paraguay:

En primer lugar, el teatro de operaciones no tenía caminos y los alimentos eran transportados en carretas tiradas por bueyes, igual que las municiones y los medicamentos. En muchos sitios había bañados, arrozales, enormes juncales y extensiones de lodo infranqueables para los bueyes.

Al comenzar la contienda, la República Argentina contaba con armamento obsoleto, fusiles de avancarga que –con mucho entrenamiento- requerían 12 pasos para recargar; eran peligrosos y causaban accidentes. Había que limpiar el cañón a pecho descubierto durante el combate y, luego de rasgar el papel del cartucho con los dientes, quedaban secuelas de pólvora y salitre en los labios, con lo que se agregaba la tortura de la sed a la angustia del combate. La caballería usaba lanzas y sables. Los cañones eran de hierro o bronce casi todos de ánima lisa. La Marina disponía de dos vapores, el 25 de Mayo y el Gualeguay, capturados por Paraguay al invadir Corrientes.

El estado Oriental contaba con material escaso y obsoleto y no tenía barcos de guerra.

En el ejército imperial se compraban los grados militares y la inmensa mayoría de los oficiales era de origen aristocrático. La marina, de tradición señorial y anglófila, tenía la mayor flota sudamericana. La artillería brasileña necesitaba entre 15 y 20 hombres para servir las piezas y, por temor a explosiones, los carros con municiones quedaban a 30 ó 40 metros de distancia de las baterías, logrando con gran esfuerzo una cadencia de fuego de

aproximadamente un minuto entre disparo y disparo. La caballería del Imperio era casi inexistente. De los tres aliados, Brasil era el único que aseguraba relativamente bien la distribución de carne, arroz, café y azúcar a sus tropas.

Los tres aliados eran incapaces de armar y abastecer sus ejércitos y tuvieron que endeudarse mucho con la banca inglesa. Argentina y Uruguay, que habían pasado por la guerra contra Brasil y por las guerras civiles, no habían podido participar de la revolución industrial debido a su escasa población. El Imperio de Brasil, también desierto y pobre, estaba igualmente debilitado.

Compelidos los aliados a llevar la guerra a territorio paraguayo, carecían de cuadros de oficiales capaces de conducir grandes masas de soldados. No tenían estados mayores idóneos para coordinar las acciones, y, aunque parezca mentira, tampoco tenían mapas ni conocimientos sobre la geografía paraguaya, ni terrestre ni fluvial.

Las tropas estaban integradas por agricultores, peones de campo, jornaleros o pastores, casi todos analfabetos, que desertaban masivamente. Los hombres marchaban exhaustos. Faltaba de todo, desde ropa interior y calzado hasta espadas, clavos, y miles de objetos de uso imprescindible.

En septiembre-octubre de 1865 el clima experimentó violentas oscilaciones de temperatura, calor intenso durante el día y frío extremo durante la noche. Numerosos insectos provocaban heridas que se ulceraban, animales salvajes de todo porte, lluvias torrenciales que se abatían durante horas, carros, cañones y bueyes empantanados, disentería, tifus, afligían a las tropas que dormían en el suelo, y secaban su ropa sobre el cuerpo.

En esas condiciones era sumamente difícil llevar adelante una invasión, pero a la vez era imprescindible hacerlo. El vicepresidente argentino, Marcos Paz, que hacía enormes esfuerzos económicos para mantener al ejército, conjurar a las montoneras y contener los ataques de los indios en Río Cuarto, buscó el apoyo de ricos ciudadanos, pero se lo negaron. Para no gastar en alquiler de depósitos, Marcos Paz instaló depósitos flotantes en el Delta. Para mandar caballos al frente requisó los de las legaciones extranjeras y hasta los personales del Presidente Bartolomé Mitre.

En Paraguay, donde Francisco Solano López era brigadier general desde los 18 años, los oficiales comenzaban su carrera como soldados, y los ascensos eran por mérito. Sólo la mitad de la infantería tenía armas de fuego, el resto lanzas y espadas. La flota paraguaya, que fue destruida en el combate del riachuelo [junio 1865] y derrotada en Yatay y Uruguayana, estaba compuesta por un solo barco de guerra, el Tacuarí. El resto eran vapores de uso civil que remolcaban balsas artilladas.

El ejército paraguayo debió soportar enormes bajas, y sus hombres tuvieron que sufrir un cambio de dieta, pasando de consumir maíz, mandioca, verduras y frutas; a comer únicamente carne, lo que trajo enfermedades intestinales, que provocaron ellas solas 6000 muertos. Las vacas correntinas capturadas por los hombres de López murieron por malas pasturas.

Ambos bandos carecían de adecuada inteligencia militar para detectar las intenciones del enemigo. El 11 de enero de 1868 las banderas del campamento aliado estaban a media asta y durante todo el día, cada media hora se disparó en el campamento argentino un cañonazo con pólvora, que fue contestado de inmediato por otro igual desde el campamento brasileño. Todas las tropas argentinas se presentaron en traje de parada para ir a misa, y López supuso de inmediato que el duelo era por la muerte de Mitre. Para cerciorarse, hizo capturar durante la noche dos centinelas argentinos. Interrogados sobre quién era el muerto, dijeron que nada sabían. Después de ser azotados dijeron que era Mitre. Esto sirvió para que se creyera que el muerto era Mitre y que durante meses se publicara la noticia en los periódicos paraguayos.

Alguna vez se detuvo a soldados paraguayos vestidos con uniforme brasileño, pero no fue posible interrogarlos, porque sólo hablaban guaraní.

Eran muy valientes los paraguayos. Más de una vez corrió el rumor de que luchaban alcoholizados. Frecuentemente los artilleros barrían al enemigo a ras de suelo, hasta que no podían bajar más el ángulo de tiro de sus piezas, lo que provocaba una carnicería atroz. Los soldados de López cruzaban en silenciosas canoas, como verdaderos comandos modernos, causando gran daño.

En el ataque a Curupaití [22 de septiembre de 1866] hubo un intenso cañoneo de las posiciones paraguayas por parte de la flota de Tamandaré. Cuando empezó a diluviar y los esteros desbordados inundaron los fosos de la fortaleza paraguaya, fue tan grande el caos que la escuadra suspendió el bombardeo. Las tropas aliadas, vestidas con uniforme de parada, empapadas y embarradas, esperaron durante horas en sus posiciones. Finalmente cargaron al compás de la música militar; todos de gala y los oficiales a caballo al frente de sus tropas. Transportaban hachas, palas y escaleras de gajos verdes de 6 metros de altura para apoyar en los muros. Todo esto sobre el barro y bajo una lluvia de fuego.

En la víspera, varios oficiales y soldados tuvieron la certeza de que morirían, y existe constancia de que frente al enemigo muchos disputaron por el honor de llevar la bandera nacional.

Murieron Francisco Paz, hijo del Vicepresidente Marcos Paz, el hijo del Cirujano Mayor Francisco Javier Muñiz y también Dominguito Sarmiento.

En Buenos Aires, una tarde, ya entrada la noche, Sarmiento salía de la Recoleta, hablando solo, llorando y con la corbata fuera de su sitio. Alguien que lo vio, no comprendiendo su dolor, o quizás para hacerlo aún más profundo, dijo en un diario opositor "he visto al presidente electo, borracho, quizás de vuelta de una orgía"

Finalizada la terrible matanza, las tropas paraguayas recorrieron el campo. Alzaron mas de 3000, armas, espadas, uniformes y mil objetos mas. Preguntaban a los heridos si podían caminar. Si no podían hacerlo, eran sacrificados de inmediato. Apenas se tomaron unos 12 prisioneros. Se enterró a muchos y otros muchos cadáveres bajaron atados en grupos por el río, flotando desnudos.

Los heridos fueron llegando a Buenos Aires, en octubre y noviembre de 1866, desnudos, gangrenados; mal amputados.

Después de Tuyutí [3 de noviembre de 1867], los gritos de los hombres y animales heridos eran insoportables. Se veían infinidad de cuerpos destrozados y muchísimos soldados deambulaban totalmente perdidos. Desde las trincheras se oía por la noche la

música alegre que tocaban las bandas de música por ordenes de Francisco Solano López.

Los hospitales paraguayos no tenían medios para atender a los heridos. Reinaba la suciedad, gérmenes, agua estancada para beber, sarna, piojos y multitud de insectos que infectaban las heridas. Los pacientes eran tantos, que el primer día se extraían balas y el segundo se hacían amputaciones. Se rellenaban las heridas con hilas y compresas sin esterilizar. Por la noche se encendían grandes piras funerarias, apilando 200 ó 300 cuerpos rociados con kerosene o alquitrán. Esos restos, parcialmente calcinados, quedaron en el campo durante mucho tiempo.

Al terminar 1866, los Aliados habían perdido unos 75000 hombres.

En enero de 1867 murió, alcanzado por un cañonazo, el general paraguayo José Díaz. En enero del año siguiente murió el vicepresidente argentino Marcos Paz, obligando a Mitre a quedarse en Buenos Aires. La dirección de la guerra quedó entonces en manos del marqués de Caxías, que finalmente consiguió doblegar la defensa de la fortaleza de Humaitá. Las tropas brasileñas; sin la presencia de soldados argentinos, entraron después en Asunción, protagonizando un saqueo descomunal. Finalmente, en un trágico episodio, el 16 de agosto de 1869 se enfrentaron 500 soldados veteranos y 3.500 niños paraguayos, a 20.000 hombres comandados por el yerno del emperador, Luis Filipe Gastão de Orléans, conde d'Eu en la terrible masacre de Acosta Ñu.

Al compás de las operaciones, el Presidente paraguayo trasladó constantemente su gobierno, y murió luchando el 1 de marzo de 1870. Junto a él murió también su hijo Juan Francisco López, un coronel de 15 años. Paraguay perdió el 70 % de su población masculina.

Durante los años subsiguientes, los cuatro jinetes del apocalipsis sembraron el horror, galopando a toda hora por el campo, con frío o con calor, con lluvias, nubes o con sol, pero ninguno fue tan terrible como aquel primer año de la guerra.

Aunque el libro de Peña y Alonso aviva en grado contagioso el interés por conocer un pasado que ya no es tan cercano, pero queda

claro que es mucho más que una sobresaliente evocación. Al concluir su lectura, se advierte que los autores claramente han abierto un camino que será punto de partida para muchas otras investigaciones.

Alberto David Leiva